

**DEL RIGOR FIOLÓGICO A LA FALSIFICACIÓN CERVANTINA:
ADOLFO DE CASTRO Y LA LITERATURA ESPAÑOLA
DE LOS SIGLOS DE ORO**

Alberto ROMERO FERRER
(Universidad de Cádiz)

Aceptado: 1-II-2001

RESUMEN: Este trabajo analiza brevemente la obra de historiografía literaria de Adolfo de Castro y su lectura de la literatura española de los Siglos de Oro, dentro de las claves interpretativas del Romanticismo español. Sus estudios sobre Calderón de la Barca, Lope de Vega, la poesía barroca y, muy especialmente, Miguel de Cervantes son algunas de sus aportaciones más interesantes. En este sentido, hay que subrayar su falsificación de El Buscapié, un opúsculo del Quijote, que desató durante todo el siglo XIX una de las contiendas literarias más duras y controvertidas, en la que participaron, entre otros, Gallardo, Ticknor, Barrera o Cánovas del Castillo. **Palabras clave:** Literatura española, Romanticismo, Adolfo de Castro, Calderón de la Barca, Lope de Vega, Cervantes, falsificación literaria.

ABSTRACT: This essay briefly analyses the literary historiographical work of Adolfo de Castro and his reading on the Golden Age Spanish literature from a Spanish Romantic point of view. His works on Calderón de la Barca, Lope de Vega, baroque poetry, and especially Miguel de Cervantes are some of his most significant contributions. Thus it is important to point out his fake of El Buscapié, an opuscule of El Quijote. This work gave rise to one of the most controversial and contentious literary disputes in which Gallardo, Ticknor, Barrera or Cánovas del Castillo and others took part during the nineteenth century. **Key words:** Spanish Literature, Romanticism, Adolfo de Castro, Calderón de la Barca, Lope de Vega, Cervantes, literary fake.

La reconstrucción de la Historia de la Literatura suele hacerse desde un *canon* literario, previamente establecido y no siempre con acierto, que excluye a toda obra y autor que no parezca ajustarse a sus premisas. Parece como si epígrafes como Clasicismo, Romanticismo, Realismo o Fin de Siglo estuvieran creados de antemano, esperando al autor adecuado y a la obra precisa, la obra oportuna, que proyectaría en la práctica sus diversos postulados teóricos. De todo ello, resulta una imagen

ordenada, clara y aparentemente coherente del período. Así Larra, Zorrilla o Galdós parecen explicarse sin muchos problemas y con relativa claridad. La Historia de la Literatura era, pues, la suma cronológicamente ordenada de obras y autores que, al menos en principio, se ajustaban a las directrices inflexibles siempre del *canon*: teoría y práctica parecían estar de acuerdo.

Sin embargo, el *canon* podía cambiarse —y de hecho en lo que respecta al siglo XIX ha cambiado bastante—. Había ahora que sustituir jerarquías, añadir obras, justificar otros autores... En definitiva, lo anterior no valía y debía ser oportunamente sustituido por la nueva perspectiva. Nos encontrábamos, por tanto, ante una situación ciertamente contradictoria, llena de escollos que debían salvarse, ahora, negándose las directrices dadas antes como ejemplares. Se trataba, pues, de un estado siempre cambiante, en el que el descrédito y el reverencialismo crítico al uso solían, con demasiada frecuencia, convivir. *Quién, cómo y por qué* eran coordenadas no siempre unánimes afortunadamente a la hora de establecer qué debía incluirse y qué desterrarse de esa historia en apariencia, y sólo en apariencia, objetiva.

Esta perspectiva ortodoxa (todos los cánones —algunos de ellos muy válidos—), sin embargo, no ha tenido en cuenta que la Historia de la Literatura es una historia que debe hacerse, no sólo desde el estudio y la consideración de los supuestos autores *ahora* mayores según —claro está— la norma: Larra, Zorrilla, Galdós, sino que debía también intentar recomponer, desde la investigación, el fragmentado rompecabezas de aquellos otros autores menos considerados, pero cuya obra y cuya labor en su día despertaron el interés de los lectores, incluso del mundo más académico, exigente o erudito. En definitiva, sin negar la utilidad del *canon*, debíamos también prescindir de él. Debíamos desterrar los prejuicios, las jerarquías y las valoraciones *a priori*.

El caso de Adolfo de Castro (1823-1898) podía, con bastante nitidez, servir de ejemplo para todo lo dicho hasta ahora. Su obra, una obra estigmatizada desde su difícil y compleja inclusión en los cánones más habituales, además de su extremada fama como historiador local, como falsificador literario, plagiador o poeta de circunstancias, lo convierten en un claro ejemplo de esos sedimentos de la literatura, siempre necesarios para que el rompecabezas tenga sentido y coherencia.

Por eso, no resulta nada fácil situar a Adolfo de Castro en la literatura de su tiempo. Cronológicamente podría tratarse de un romántico, pero su vida y su obra distan mucho de lo que entendemos por Romanticismo o, al menos, no estamos ante el mismo Romanticismo de Larra, Espronceda o, incluso, Zorrilla. Su ubicación necesitaba, pues, de ciertas aclaraciones previas de la mano de una lectura nueva de toda la centuria decimonónica, sin olvidar —por razones muy obvias— sus coordenadas gaditanas, siempre presentes en su obra, y sin las que carecerían

de sentido, tal vez, los aspectos más interesantes de su compleja producción literaria.

La cronología de Adolfo de Castro lo sitúan en lo que en su día había sido formulado como «eclecticismo», según los criterios de Allison Peers en su ya clásico libro *Historia del movimiento romántico en España*.¹ Aunque los criterios de Peers ya han sido muy superados, sin embargo nos sugieren una serie de circunstancias que, para el caso del escritor gaditano, resultarían de extremado interés. Me refiero con ello a la fuerte controversia entre *clásicos* y *modernos*, entre *castizos* y *críticos*, entre lo que podía representar Larra frente a Durán.² Una dialéctica que vertebraba todo el siglo hasta desembocar en la crisis del 98.

Pero esta nueva contienda ideológica adquiría un especial significado en el caso de Cádiz, ya que había sido aquí años antes donde había surgido una de las controversias ideológicas y estéticas más trascendentales: la conocida querella calderoniana, que protagonizarían Nicolás Böhl de Faber y José Joaquín de Mora, y que abriría las puertas del Romanticismo en España. Con Böhl de Faber y su grupo gaditano,³ también aparecen en escena Agustín Durán y los redactores del periódico barcelonés *El Europeo*.

Para todos ellos, la estimación de la literatura antigua española, frente a la mentalidad ilustrada, resultaba uno de los factores más determinantes del nuevo pensamiento literario. El Romancero, la épica medieval, el teatro de los Siglos de Oro —especialmente Calderón— y *El Quijote* de Miguel de Cervantes resultaban

¹ «Aparición y triunfo del eclecticismo». Madrid, Gredos, T. II, pp. 77-189.

² Cfr. el estudio de José Escobar, «El teatro del Siglo de Oro en la controversia entre españoles castizos y críticos», en *Cuadernos de Teatro Clásico*, 5 (1990), pp. 155-170; y la monografía de María José Rodríguez Sánchez de León, *La crítica dramática en España (1789-1833)*, Madrid, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 1999, especialmente el epígrafe: «El teatro barroco español, referente histórico del drama nacional moderno», pp. 77-125.

³ Remito a los clásicos libros de Camille Pitolle, *Le querelle calderonienne de Johan Nicolás Böhl de Faber et José Joaquín de Mora reconstituée d'après les documents originaux*, París, Alcan, 1909; y de Guillermo Camero, *Los orígenes del romanticismo reaccionario español. El matrimonio Böhl de Faber*, Valencia, Universidad de Valencia, 1978. También de Camero los artículos: «Francisca Ruiz de Larrea y el inicio gaditano del Romanticismo español», en Marina Mayoral (ed.), *Escritoras románticas españolas*, Madrid, Fundación Banco Exterior, 1990, pp. 119-130; y «El teatro de Calderón como arma ideológica en el origen gaditano del Romanticismo español», en *Cuadernos de Teatro Clásico*, 5 (1990), pp. 125-139. Y de Alberto Romero Ferrer, «Vargas Ponce en el teatro: de la reforma de la Ilustración a la polémica calderoniana», en Fernando Durán López y Alberto Romero Ferrer (eds.), *Había bajado de Saturno. Diez calas en la obra de José Vargas Ponce, seguidas de un opúsculo inédito del mismo autor*, Cádiz, Servicio de Publicaciones de la Universidad de Cádiz e Instituto Feijoo de Estudios del Siglo XVIII de la Universidad de Oviedo, 1999, pp. 107-132.

ser los pilares de una literatura nacional autóctona y propia, y de una tradición que debían mantenerse a toda costa en la nueva literatura.⁴

Si hacemos un recorrido por la obra literaria de Adolfo de Castro⁵ (una obra ya situada en los años 40, 50 y 60), se puede observar un extremado paralelismo entre estas reivindicaciones algo más que literarias y sus preocupaciones tanto estéticas como eruditas.⁶ Calderón, Cervantes, Avellaneda, Lope de Vega, la *Epístola Moral a Fabio* o *El Centón Epistolario*, forman parte —tal vez la parte más importante— de sus prioridades literarias. A ellos debe Adolfo de Castro la paradoja de su fama y su descrédito como falsificador literario, una faceta esta última que da un valor añadido al personaje, a caballo entre la erudición más ortodoxa, el plagio y la falsificación literaria, uno de los temas más apasionantes en la Historia de la Literatura de todos los tiempos; basta recordar para ello *El Quijote* y Avellaneda.

Sería ésta, por tanto, una de las tareas más intensas de Adolfo de Castro, quien veía en la lectura de los clásicos españoles, el alma, la esencia, de la Literatura Española.⁷ Un *canon* —todo sea dicho de paso— que empezaba a constituirse por esos mismo años, creando una fuerte división entre *clásicos* y *modernos*. Su pensamiento resultaba así, a pesar de la distancia cronológica, muy cercano a los planteamientos de Durán o Böhl de Faber, cuya escuela de pensamiento literario podía tener en el joven Adolfo de Castro uno de sus epígonos más curiosos, fundamentalmente por su pertinaz y reincidente labor como falsificador de aquellos autores que admiraba, en especial Miguel de Cervantes.⁸

Su dedicación a la obra cervantina, dentro de la fuerte corriente decimonónica en torno a la obra del autor del *Quijote*⁹ le llevan en 1848 a la publicación de uno

⁴ Para todos estos problemas remito a los trabajos reunidos en el «Informe» de *El Gnomo. Boletín de Estudios Becquerianos*, 5 (1996), dedicado a la Historiografía Literaria en el Siglo XIX, especialmente el estudio de Leonardo Romero, «La Historia de la Literatura en el siglo XIX (Materiales para su estudio)», pp. 151-183.

⁵ Un catálogo bibliográfico completo sobre el autor gaditano lo encontramos en Yolanda Vallejo Márquez, *Adolfo de Castro (1823-1898). Su tiempo, su vida y su obra*, Cádiz, Cátedra «Adolfo de Castro», Fundación Municipal de Cultura, 1998. A partir de este momento Vallejo Márquez.

⁶ Para su correcta contextualización remito al estudio de Salvador García Castañeda, *Las ideas literarias en España entre 1849 y 1850*, Berkeley - Los Ángeles, University of Carolina Press, 1971.

⁷ Como puede desprenderse, por ejemplo, de los dos tomos de la Biblioteca de Autores Españoles —tomos XXXII y XLII— dedicados a los *Poetas líricos de los siglos XVI y XVII*, donde aparece un Adolfo de Castro profundo conocedor y admirador de autores como Garcilaso de la Vega, Gutierre de Cetina, Francisco Pacheco, Juan de Salinas, Góngora, Pablo de Céspedes o Fernando de Herrera.

⁸ Cfr. Leonardo Romero Tobar, «El Cervantes del siglo XIX», en *Anthropos*, 98-99 (1989), pp. 116-119.

⁹ Sobre el cervantismo gaditano remito al estudio de Yolanda Vallejo Márquez, «Aproximación al cervantismo decimonónico: El cervantismo gaditano», en *Draco. Revista de Literatura Española*, 5-6

de los fraudes literarios más ingeniosos en toda la Historia de la Literatura Española: *El Buscapié*¹⁰ un supuesto opúsculo cervantino escrito en defensa de la primera parte del *Quijote*, cuyo manuscrito, al parecer, Adolfo de Castro había localizado en una librería de San Fernando —curioso hallazgo y curiosa localización—. Hasta que Fernández Nieto lo publicara en 1976 como obra original de Adolfo de Castro,¹¹ *El Buscapié* siempre había aparecido atribuido a Cervantes, y como tal publicado como apéndice del *Quijote*.¹² La artimaña literaria ideada por Castro había surtido efecto —se traduce incluso al francés, al inglés, al portugués, al italiano y al alemán¹³—, a pesar de los tempranos juicios en contra de Bartolomé José Gallardo¹⁴ —certificados años más tarde por Cayetano Alberto de la Barrera¹⁵— o las más que certeras dudas de Ticknor, quien en su *Historia de la literatura española*, publicada en Nueva York y en Londres en 1849,¹⁶ dudaba ya seriamente de la paternidad cervantina del texto encontrado por Adolfo de Castro, y que en pocos años había trascendido más allá, posiblemente, de lo que el propio Castro podía haber intuido en un principio, a partir de su primera edición aparecida con

(1993-1993), pp. 243-263.

¹⁰ Manejo las dos primeras ediciones: *El Buscapié de Cervantes. Con notas históricas y críticas. Por Don Adolfo de Castro*, Cádiz, Imprenta, librería i Litografía de la Revista Médica, a cargo de D. Juan B. De Ganoa, 1848; y *El Buscapié. Opúsculo inédito que en defensa de la primera parte del Quijote escribió Miguel de Cervantes Saavedra. Publicado con notas históricas, críticas i bibliográficas por D. Adolfo de Castro*, Cádiz, Imprenta, librería i Litografía de la Revista Médica, a cargo de D. Juan B. De Ganoa, 1848. Vallejo Márquez, núms. 11 y 12.

¹¹ En *tomo a un apócrifo cervantino: El Buscapié de Adolfo de Castro*, Madrid, Gras. Alocén, 1976. Vallejo Márquez, núm. 197.

¹² También disponemos de la edición de Manuel Morales Borrero, *El Buscapié. Estudio y edición del apócrifo cervantino*, Madrid, Fundación Universitaria Española, 1995.

¹³ Destaco, por ejemplo, dos tempranas ediciones inglesas del texto: *El Buscapié by Miguel de Cervantes, with the illustrative notes of Don Adolfo de Castro. Translated from the Spanish, with a life of the author and some account of his works, by Thomasina Ross*, London, Richard Bentley, New Burlington Street, 1849; y *The «Squib» or Searchfoot. An unedited little work which Miguel de Cervantes Saavedra wrote in defence of the first part of the Quijote. Published by Don Adolfo de Castro at Cádiz, 1847. Translated from the original Spanish by a member of the university of Cambridge, Cambridge*, J. Deighton, London, John W. Parker, Liverpool, Deighton and Laughton, 1849.

¹⁴ En *Zapatazo a Zapatilla i a su falso Buscapié un puntillazo: Juguete crítico-burlesco por... con varios rasgos sueltos de otras sobre la falsificación de El Buscapié, que Adolfo de Castro nos quiere vender como de Zervantes*, Madrid, Imprenta de la Viuda de Burgos, 1851. También *Rasgos volantes escritos a varios de mis amigos sobre el que ha publicado como de Cervantes Don Adolfo de Castro, en Obras escogidas*, Madrid, Nueva BAE, 1968, 2 Vols.

¹⁵ En un interesante libro titulado *El cachetero del Buscapié*, Santander, Viuda de Albira y Diez, 1916.

¹⁶ Traducción de Pascual Gayandos y Enrique Vedia, Madrid, 1851.

un amplio contratexto de Adolfo de Castro (194 páginas de notas frente a las 64 del supuesto manuscrito) que pretendía ser una especie de estudio filológico del texto de Cervantes, no siempre respetado en las sucesivas ediciones del texto. A partir de las duras críticas de Gallardo sobre el falso texto cervantino se desataba una de las polémicas literarias más agudas y más intensas de todo el siglo.¹⁷

Pero no iba a ser esta la única controversia cervantina en la que deliberadamente —y muy deliberadamente— se vería envuelto el verdadero autor de *El Buscapié*. Adolfo de Castro ya había entrado en materia, en esta ocasión respecto a la autoría del *Quijote* de Avellaneda, a partir de la publicación en 1846 de la biografía, un tanto novelesca —todo sea dicho de paso— de *El Conde Duque de Olivares y el Rey Felipe IV*.¹⁸ Allí incluye algún que otro párrafo a la autoría de Avellaneda. Más tarde, en 1872, publica Adolfo de Castro *Miguel de Cervantes y dos Inquisidores generales*,¹⁹ donde vuelve a insistir. Finalmente, en 1874,²⁰ el gaditano se desdice de sus juicios anteriores, y afirma que Alarcón era el fingido Avellaneda, lo que le vale, incluso, la crítica positiva de Menéndez Pelayo.²¹ Menéndez Pelayo utilizaría algunos de los criterios esgrimidos por Castro más tarde, cuando aparece en escena Lope de Vega, como nuevo Avellaneda, según León Méndez²² y, poco después, el krausista Manuel de la Revilla.

En el centro de toda esta madeja llena de atribuciones falsas sobre el verdadero Avellaneda, estará Adolfo de Castro, a quien atribuirán incluso la culpabilidad de la confusión: *El Buscapié* había ya empezado a tener esos efectos secundarios nocivos anteriormente aludidos, que desacreditarían para siempre la figura, las opiniones y la obra de Castro.

Curiosamente, el autor gaditano había intentado algo verdaderamente difícil. Introducirse en la cadena literaria emprendida por Avellaneda y el propio Cervantes, con la publicación éste último de la segunda parte del *Quijote* en defensa,

¹⁷ Como ha demostrado Yolanda Vallejo Márquez en «Cartas dirigidas desde el otro mundo a D. Bartolo Gallardete de Lupianejo Zapatilla: la ironía en una polémica literaria gaditana del siglo XIX», en *VI Congreso del Carnaval (Cádiz, 9, 10, 11 y 12 de diciembre de 1992)*, Cádiz, Ayuntamiento de Cádiz, 1992, s. p.

¹⁸ Cádiz, Imprenta, Librería y Litografía de la Revista Médica, 1846. Vallejo Márquez, núm. 7.

¹⁹ Cádiz, Imprenta a cargo de don Ramón Macías, 1872. Vallejo Márquez, núm. 90.

²⁰ En *Varias obras inéditas de Cervantes, sacadas de códices de la Biblioteca Colombina, Nuevas Ilustraciones, sobre la Vida del Autory del Quijote, por el Excmo. Señor Don Adolfo de Castro*, Madrid, A. de Carlos & Hijos, editores, 1874. Vallejo Márquez, núm. 95.

²¹ En «Obras inéditas de Cervantes», *Estudios y discursos de crítica histórica y literaria* II, Santander, CSIC, 1941, pp. 269-302.

²² En *Cervantes y su época, con un prólogo de Eduardo Benot*, Jerez, Taller tipográfico de la Litografía Jerezana, 1901.

precisamente, de la primera. *El Buscapié* era, en cierto sentido, una respuesta cómica a la leyenda literaria reiniciada por Vicente de los Ríos cuando en 1773 publica su *Elogio histórico de Cervantes*. Con esta obra, Adolfo de Castro se convertía en un nuevo Avellaneda, cuya identidad constituiría uno de los enigmas que más interesarían al polígrafo gaditano.

Pero el interés cervantino de Adolfo de Castro no se limita tan sólo al *Quijote*. También sus entremeses requieren la atención del erudito y bibliófilo Castro. En 1874 publica el volumen *Varias obras inéditas de Cervantes sacadas de los códices de la Biblioteca Colombina*.²³ Allí encontramos dos obras del propio Castro sobre Cervantes: *La última novela ejemplar de Cervantes y Miguel de Cervantes y dos Inquisidores generales*, textos compuestos para el aniversario de la muerte del autor del *Quijote*, además del poema en prosa *Cervantes en la batalla de Lepanto* y *La casa del tío Monipodio*, textos en los que el autor gaditano dice imitar el estilo cervantino. Contiene además un capítulo en el que incluye *Noticia acerca del apellido El Toboso y Cervantes y Alarcón*.

Junto a estos textos y otros más, incluye Adolfo de Castro varios entremeses supuestamente inéditos y atribuidos a Cervantes: el *Entremés de los Mirones*, *Entremés de doña Justina y Calahorra*, *Entremés de refranes* y *Entremés de Romances*. Algunas de estas obras, aclara en nota que ya habían sido publicadas por José María Asensio en 1867.

Nos interesaba destacar ahora la recuperación, en cierto sentido, que Adolfo de Castro realiza de parte de la obra entremesil de Miguel de Cervantes. Una recuperación que ya había interesado al joven Adolfo de Castro, cuando en 1845 y 1846 publica la primera edición de los sainetes completos del también gaditano Juan Ignacio González del Castillo, en la Imprenta Médica.²⁴ Acompañía a esta edición un pequeño estudio de Castro «sobre este género de composiciones», tal y como aparece en la portada. Por otro lado, años más tarde en 1876 publicaría Castro un trabajo titulado «Lope de Rueda y Cervantes Saavedra», que aparecería en el *Álbum aniversario CCLX (240) de la muerte de Miguel de Cervantes*.²⁵

En estas páginas, en la edición de González del Castillo, así como en el volumen de 1874, Adolfo de Castro realiza un rastreo intuitivo por la tradición del teatro corto en la Literatura Española. Un rastreo que, años más tarde, consolidaría la labor erudita y compiladora de Emilio Cotarelo. Adolfo de Castro, lejos —claro está— del trabajo de Cotarelo, sin embargo, construye una línea sucesoria a partir de Lope de Rueda, los entremeses cervantinos, lógicamente también relacionados

²³ Madrid, A. de Carlos é Hijos, editores, 1874. Vallejo Márquez, núm. 95.

²⁴ Vallejo Márquez, núm. 7.

²⁵ Madrid, Establecimiento tipográfico de Pedro Núñez. Vallejo Márquez, núm. 105.

con *El Quijote*, y los sainetes de González del Castillo.²⁶ Así, ya en el prólogo a esta edición, remonta la tradición del sainete dieciochesco a las loas, jácaras y entremeses de los Siglos de Oro. Esta literatura breve, de corte entremesil, apoyada en la tradición, el refranero y las costumbres de los españoles, representaba otra de esas líneas latentes de la tradición y de la literatura antigua que debía recuperarse.

A este respecto, no conviene perder de vista el ambiente teatral que, con toda seguridad, conocería Adolfo de Castro en su Cádiz natal, y que mantenía viva la tradición del sainete en el llamado, por aquellos años, «Género Andaluz». Adolfo de Castro, consciente o no de la fuerza popular de este tipo de composiciones, había detectado cierta línea sucesoria entre los géneros breves de aquellos años, González del Castillo, que continuaba representándose, Cervantes y Lope de Rueda: todo un fuerte itinerario que hundía sus raíces en aquella estimada literatura antigua que tanto apasionara al joven Adolfo de Castro, en sus lecturas del Seminario Conciliar de San Bartolomé. Federico Rubio dejaba constancia de ello cuando nos dice:

oír hablar a Castro de los libros de San Isidoro, del Arte de los ingenios, de las obras de Herodoto, de las ediciones del *Quijote*, de la colección que tenía reunida de éstas, y de los libros de caballería; en fin, de todo un catálogo que a modo de biblioteca llevaba en la mollera.²⁷

Este fervor por la literatura antigua, y todo lo que ello suponía desde el punto de vista ideológico y estético,—como ya lo hemos dicho al principio de estas páginas— emparentaban, en cierto sentido, la obra de Adolfo de Castro con la labor, también gaditana, de Nicolás Böhl de Faber —*Vindicaciones de Calderón y del teatro antiguo español contra los afrancesados en literatura* (1820)—. Adolfo de Castro, consciente de esta continuidad, consciente del nuevo significado de Calderón y su teatro, y con la idea de continuidad, escribe en 1881 *Discurso acerca de las costumbres de los españoles en el siglo XVII fundado en el estudio de las comedias de Calderón y Una joya desconocida de Calderón*²⁸ y una edición crítica de *La Adúltera penitente*, drama religioso de Calderón de la Barca.²⁹

En estos dos textos vienen a unirse a la conmemoración del bicentenario de la muerte de Calderón, pero también, en cierto sentido, enlazaban con la fuerte tradición decimonónica inaugurada por Böhl de Faber en torno al teatro calderoniano,

²⁶ Remito a Alberto Romero Ferrer, «El sainete de González del Castillo en el teatro del siglo XVIII: la transmisión, los temas y las formas de un género tradicional», en *Pensamiento Ilustrado*, Sevilla, Rudecolombia, CSIC y Universidad Pablo de Olavide (en prensa).

²⁷ En *Mis maestros y mi educación*, Madrid, Tebas, 1977, p. 316.

²⁸ Madrid, Tipografía Guttenberg, 1881. Vallejo Márquez, núm. 156.

²⁹ Manejo las dos ediciones de 1881: Cádiz, J. Benítez Estudillo, 1881, Vallejo Márquez, núm. 154; y Cádiz, Gautier Editor, 1881, Vallejo Márquez, núm. 155.

y que acuñaría los registros de toda la corriente del pensamiento reaccionario español, fundamentado estéticamente en los dramas y las comedias de Calderón de la Barca.³⁰ Adolfo de Castro en los años 70 da un giro en su pensamiento político, y abraza con apasionamiento esta corriente, que además le posibilitaba contribuir a la rehabilitación de uno de sus autores favoritos: Calderón, del que en numerosas ocasiones se había considerado imitador en el estilo.

El propio título de la primera de estas obras: *Discurso acerca de las costumbres de los españoles en el siglo XVII fundado en el estudio de las comedias de Calderón*, no dejaba lugar para la duda, en lo que respecta a la filiación ideológica del texto y de autor. Adolfo de Castro volvía a insistir en lo que ya se había acuñado como uno de los principios fundamentales en los orígenes del Romanticismo y del pensamiento reaccionario en el siglo XIX: «Calderón y cierra España».

Con todo, algo parecido pero con un corte ideológico bien distinto, había intentado Castro en los primeros años de su carrera literaria, cuando publica su primer artículo en el *Semanario Pintoresco Español* en 1851.³¹ Se trata del artículo «Relación entre las costumbres y los escritos de Lope de Vega»,³² que también aparecería dos años después, en 1853 en el tomo 24 de la BAE dedicado a Lope de Vega,³³ y coordinado por Hartzenbusch.

Allí nos expone el autor, como años antes argumentaría Böhl de Faber en relación a los dramas de Calderón, cómo Lope de Vega se había inspirado, se había nutrido de la realidad en su obra. Sus comedias resultaban un reflejo fiel de la vida y de la sociedad española del siglo XVII: un argumento de raíces muy claras, y que muy deliberadamente, por parte de Adolfo de Castro, lo insertaba en la línea de prestigio literario inaugurada por el padre de Fernán Caballero.

Recuperación de los clásicos, una erudición más que exagerada y ortodoxa que volcaría en otros muchos autores y obras —pienso, por ejemplo, en el *Centón Epistolario*³⁴ o la *Epístola Moral a Fabio*³⁵— un afán polemista, tal vez, desmesurado, son algunos de los rasgos que caracterizan la curiosa personalidad de un hombre, Adolfo de Castro, que resultaría víctima —así son las paradojas del destino y la fama literaria— de sí mismo, al haberse introducido en la contradictoria labor del

³⁰ Cfr. Joaquín Álvarez Barrientos, «Pedro Calderón de la Barca en los siglos XVIII y XIX. Fragmentos para la historia de una apropiación», en Luciado García Lorenzo (ed.), *Estado actual de los estudios calderonianos*, Kassel, Ed. Reschenberger, 2000, pp. 279-324.

³¹ pp. 101-102.

³² Vallejo Márquez, núm. 29.

³³ Vallejo Márquez, núm. 45.

³⁴ *Memoria sobre la legitimidad del Centón Epistolario*, Cádiz, Imp. Francisco Sánchez del Arco, 1857. Vallejo Márquez, núm. 56.

³⁵ Cádiz, Imprenta de D. José Rodríguez, 1875. Vallejo Márquez, núm. 99.

estudio erudito y filológico, y a partir de ahí simultáneamente entrar en la falsificación, en el plagio, de aquellos autores que más admiraba y que mejor conocía gracias a su labor primera: Lope, Calderón, y muy especialmente Cervantes.

De todo ello podemos deducir la deuda que la Historia de la Literatura tiene aún pendiente con Adolfo de Castro, y que en parte se debe a esos cánones tan restrictivos que encorsetan la creación literaria. Pues son, precisamente, esos estigmas como falsificador literario los que convierten a Adolfo de Castro en una figura de primera fila. El extraordinario interés que el misterioso Avellaneda despertaba en el gaditano, no era sino el reflejo de su personalidad. La búsqueda de su identidad no era sino una forma, también, de buscar su puesto en una historia que hasta ahora ha prescindido de él, a través de un personaje con el que mantendría una fuerte identificación a lo largo de toda su vida. Adolfo de Castro: el Avellaneda del siglo XIX.

Tal vez por ello, Adolfo de Castro, consciente de sus limitaciones como creador, donde no hubiera jugado un papel destacado, optó por el camino tortuoso, desacreditado, por el camino mal visto de la copia, el texto falso y el plagio, riéndose con ello de aquéllos de los que nunca hubiera tenido su aprobación. Por tanto, al igual que a muchos lectores y críticos de su tiempo, Adolfo de Castro nos ha engañado, haciéndonos creer que su obra carece del interés que se merece, pues como diría José María Asensio «desde niños nos enseñaron a desconfiar del literato gaditano».³⁶

³⁶ En «La última palabra sobre la salida de Cristóbal Colón en su primer viaje», en *La España Moderna*, febrero de 1892, p. 158.